

—¿Qué es lo que quisiérais?—murmuró Valentina con voz llorosa.—¡Decid, decid, amado mío!

—Si pudiera... cambiar mi vida.

Se agitó con mayor violencia bajo las ropas de la cama, y apoyando la cabeza en el brazo, dirigió en derredor una mirada escudriñadora. Aumentábase por grados su exaltación, y ya ni aun parecía darse cuenta de la presencia de Valentina ni de los esfuerzos que ésta hacía para calmarle.

—Ya lo oís—prosiguió dirigiéndose á no sé qué seres imaginarios—¡es necesario que se me cambie la vida! Quiero ser un hijo como los demás, y entonces me casaré con Valentina... ¡Decís que en algun tiempo me mostraba orgulloso de ser ahijado de un marqués?—Y se echó á reír nerviosamente.—¡Ahijado no, os equivocais! Bastardo de un marqués... Sofía no está aquí, ¿verdad? y podemos hablar en voz alta... Pues bien, ¡soy bastardo!... Es un oprobio que ha amargado mi existencia y la suya... ¡Pobre tia Sofía!...

Se detuvo falto de aliento... Sus frases iban haciéndose menos perceptibles, hasta convertirse en un murmullo ininteligible, una especie de balbuceo infantil, y volvió á caer la cabeza sobre la almohada.

La señorita Sebastiana, en la vecina habitación, seguía oprimiendo cada vez con más fuerza el brazo del marqués, pero éste no pestañeaba; solamente un temblor nervioso agitaba su nariz y su barba, sus ojos

estaban humedecidos, y adivinábase por ciertas contracciones de sus labios el combate que en su interior se libraba.

La señorita de Fierbois clavó la mirada en los ojos del marqués, moviendo la cabeza.

—Madrina—murmuró M. de Rosieres—ese pobre muchacho me traspasa el corazón.. Me voy.

—¿A dónde vas?—le dijo por lo bajo Sebastiana.

—¿A dónde?—contestó él con un brusco movimiento de hombros y con ademán á la vez furioso y enternecido.—Voy á buscar á Sofía, ¡voto al diablo!

X

Tendido en una butaca en el fondo del gabinete de estudio de Lorenzo, aguardaba el marqués de Rosieres á la señorita Husson, quien, según había calculado el marqués, debía llegar en el tren de las ocho.

Aunque poco impresionable por temperamento, no podía menos de sentirse hondamente preocupado ante la idea de volver á ver á Sofía, despues de un intervalo de dieciocho años, y pensando lo que tenía que decirle.

Había enviado á la sirviente á buscar á su ama, con orden expresa de no decirle una palabra acerca de la enfermedad de Lorenzo, y completamente solo en la casita silenciosa, aguardaba, con el corazón agitado, el momento en que el prolongado silbido de

la locomotora anunciase desde el fondo del valle la próxima llegada del tren.

Iba descendiendo el crepúsculo; los gorriones piaban ruidosamente entre las ramas de los castaños del jardín, y el marqués, cerrando los ojos, recordaba aquellos remotos tiempos en que, joven y enardecido de amor y de impaciencia, acechaba en un cuartito parecido á aquel la llegada de Sofía á la cita de la noche.

Todos los recuerdos de su juventud, evocados melancólicamente, iban desfilando ante su memoria. Veía de nuevo la fiesta de Saint-Hoult y el baile campesino donde encontró por primera vez á la señorita Husson, que contaba entonces veinte años. Habíase instalado el salón de baile en una alquería, á través de cuya puerta carretera se alcanzaban á ver la verde pradera y los ribazos blanqueados por los ciruelos en flor, porque era un lunes de Pascua. Sofía llevaba un vestido de muselina de lana, manteleta blanca y un gorrito adornado de cintas color de rosa. Habían bailado toda la tarde juntos, y al anochecer habían regresado á pié por los bosques, donde aún no brotaba el follaje pero empezaban ya á cantar los ruiseñores. Al entrar en la ciudad, en plena noche, la joven permitió al marqués que le besase la mano. Aquel beso tuvo sucesores, y sucesores atrevidos, insaciables, que ya no se contentaban con el roce de una mano, sino que se extraviaban á los ojos,

á los cabellos y hasta á los labios de la temblorosa Sofía. Más tarde alquiló el marqués una pequeña habitación en una calle poco concurrida que daba á los huertos, y después de alguna resistencia, Sofía se dejó conducir á ella y volvió muchas veces... ¡Qué dicha entonces para M. de Rosieres espiar su llegada al oscurecer, oír á lo lejos su acelerado paso haciendo crugir el casquijo de la calle, escuchar en la escalera la tos nerviosa de una mujer tímida, y verla entrar de pronto, agitada, temblorosa y figurándose siempre que alguien la había seguido!...

Tan hondamente absorto se hallaba el marqués ante aquella evocación del pasado, que ni oyó el silbato de la locomotora ni la campana de la estación anunciando la llegada del tren. Solo pudo sacarle de su ensimismamiento el rumor de un paso ligero sobre la arena del jardín y el sonido, harto familiar para él en otro tiempo, de aquella misma tosecilla nerviosa que le anunciaba la llegada de Sofía. Hizo un movimiento de sobresalto en su asiento y se puso en pié, cuando la voz dulce y algún tanto alarmada de la señorita Husson resonaba en el vestíbulo.

—¿Y decís que ese caballero espera en el gabinete de Lorenzo?... Encended en seguida la lámpara, Catalina, y dádmela.

Transcurrió todavía un minuto, que parecía tan largo como una hora, y se abrió la puerta del gabinete.

Sofía entró con la lámpara, cuya blanca luz iluminó de arriba abajo la figura del marqués.

A la vista de M. de Rosieres, á quien conoció inmediatamente, recibió la infeliz Sofía un golpe tremendo en mitad del corazón. Temblaban sus manos y rodillas, y apenas tuvo tiempo de dejar la lámpara sobre la mesa-escritorio y apoyarse, para no caer, en el respaldo de una silla.

—¡M. de Rosieres!—exclamó á media voz.—Ah! Dios mío, ¿qué es lo que pasa? ¿Dónde está Lorenzo?

—Tranquilizaos, Sofía—contestó el marqués con un tono que quería ser amistoso, pero que resultaba, por cierto tinte de preocupación embarazosa, agitado y casi áspero;—tranquilizaos, Lorenzo está en Robert-Espagne, con mi antigua amiga la señorita de Fierbois... Si os he obligado á regresar algo bruscamente esta noche es porque deseo hablaros á solas.

—¿A mí?... vos. ¿M. de Rosieres?

Sofía se había sentado. La luz la daba de lleno y sus manos, apoyadas en los brazos de la butaca, seguían temblando. El marqués, mientras se paseaba por la habitación, examinaba con curiosidad el rostro de su antigua querida; el óvalo puro y prolongado, al cual servían de marco los cabellos grises; los labios pálidos y los ojos brillantes y animados bajo la oscura línea de las cejas. No era, en verdad, la Sofía de otro tiempo, pero aún flotaba en torno de su persona algo de su belleza pasada. Bajo los mechones

grises volvía á ver el marqués las trenzas castañas de aquella espesa cabellera, donde en otro tiempo apenas podía penetrar el peine; á través de las pestañas inclinadas, sorprendía la irradiación de aquellos ojos tan dulces y que tan fuertemente le habían fascinado... Los rostros de nuestros contemporáneos vienen á ser melancólicos y fieles espejos donde podemos adivinar los cambios que ha sufrido nuestra propia fisonomía. Por eso, al contemplar los efectos que una treintena de años había operado en la hermosura de Sofía Husson, reflexionaba M. de Rosieres que también él había cambiado, y veíase obligado á reconocer que la comparación le favorecía muy poco. Su andar se había hecho más pesado, habíasele abultado la cara y ensanchado la cintura, al paso que Sofía parecía haberse afinado y adquirido mayor flexibilidad con los años. Siempre había manifestado maneras, gustos é inclinaciones propias de una mujer superior á su condición, pero desde su permanencia en Sermaize al lado de Lorenzo, la atmósfera más culta en que vivía había impreso en ella un sello de dignidad y de distinción que asombraba al marqués. Admiraba éste la facilidad con que la obrera de Jouvigny se había casi transformado en una gran señora, y reflexionaba que, después de todo, no habría hecho un papel desairado en su residencia de Bois des-Penses, y que acaso le hubiera valido más tomarla por esposa que condenarse á ver

perpetuamente delante de sus ojos al ama de gobierno Ambrosina. Harto indeciso y preocupado con lo que tenía que decir, seguía midiendo con pasos desiguales la habitación, cuando un movimiento de Sofía le hizo volver á su objeto. La madre de Lorenzo había levantado la cabeza, y parecía interrogar al marqués con la mirada.

—¿Queréis saber—princió á decir éste—á qué he venido?... Pues bien, os lo contaré en dos palabras: me siento inquieto por el porvenir de Lorenzo y disgustado por la falsa situación en que nos hallamos... He cometido faltas respecto á vos, Sofía, y quiero repararlas.

Al escuchar este preámbulo, habíase puesto Sofía encarnada como la grana.

—No hablemos de esto, señor marqués—contestó;—si habeis cometido faltas, las he olvidado... Creo habéroslo ya dicho y escrito: no tengo ninguna reparación que exigir.

—Lo sé, lo sé... habeis mostrado siempre conmigo una discreción y una delicadeza exagerada... Pero se trata de Lorenzo; quiero á ese muchacho y no soy tan egoísta como parezco. Le he creado una situación difícil y penosa y estoy dispuesto á toda clase de sacrificios para ..

Habíase levantado Sofía, y sus ojos animados, en los que centelleaba un relámpago de altivez, se habían clavado severamente en su interlocutor.

—Perdonad—le interrumpió—y permitid que os conteste en nombre de Lorenzo y en nombre mio... Os damos las gracias, señor marqués, pero no aceptamos vuestros sacrificios.

—¡Sois harto orgullosa, Sofía!—exclamó él, poniéndose también colorado—y yo soy un torpe... Os he ofendido por haberme explicado mal, y trataré ahora de hacerme comprender con más exactitud... ¿Sabéis que Lorenzo está perdidamente enamorado de una muchacha que le ha sido negada á pretexto de ser hijo natural? ¿Sabéis que esta negativa le ha causado hondísima pena?

Los ojos de Sofía se llenaron de lágrimas.

—Sí—dijo con voz ahogada—y esa pena de mi hijo es la cruz más pesada que el cielo ha podido imponerme en castigo de mi falta.

—Falta que es tanto mía como vuestra y que ambos tenemos que reparar... Se le echa en cara que no tiene apellido; pues bien, yo se le daré... Para eso he venido á buscaros.

Sofía se había puesto pálida y la emoción le había obligado á volverse á sentar.

—¡Cómo!—balbuceó, al propio tiempo que un destello de alegría iluminaba de súbito su semblante.—¿Queréis?... ¿Me proponéis?...

La emoción no la dejó concluir.

—Sí—dijo bruscamente el marqués,—quiero daros mi nombre á vos y á él, si queréis aceptarlo.

Sofía volvió hacia él sus húmedos ojos y con testó con digna sencillez que encantó á su interlocutor:

—Puesto que se trata del porvenir de mi hijo, haré cuanto querais, M. de Rosieres.

Quedóse un momento reflexionando, con los ojos bajos, y añadió luego con voz grave:

—Pero ¿conoce Lorenzo vuestras intenciones? ¿Teneis la seguridad de que se avendrá ahora á aceptar un nombre distinto de aquel por el cual es conocido?

—¿Por qué habría de dudar? Y además, ¿s cosa que solo nos incumbe á nosotros dos, sin que él tenga voto en este asunto.

Sofía replicó moviendo la cabeza:

—No conoceis á Lorenzo; es más altivo y obstinado que yo, y si rechaza vuestra proposición, yo por mi parte me conformaré con su voluntad... Habladle esta misma noche, puesto que ya no puede tardar en volver.

—Es posible que no venga esta noche—murmuró con aire embarazado el marqués.

—¿Por qué?—preguntó ella, fijando en M. de Rosieres una mirada de asombro y de inquietud.—No tiene costumbre de pasar la noche fuera de casa... De todos modos, sea esta noche, sea mañana, es indispensable que le habléis, y yo nada resolveré sin saber su parecer.

—¿Háse visto jamás familia tan terca como esta?—exclamó el marqués malhumorado.—

¿Os parece que si yo hubiese tenido medio de hablar con él, no lo habría hecho á estas fechas?... Pero no me ha sido posible, porque ..

Detúvose, no sabiendo cómo formular la infausta noticia. Sofía no apartaba de él los ojos, y cuanto más le miraba, más la chocaban su aspecto perplejo y su actitud embarazosa. Una dolorosa sospecha la asaltó de repente, y abalanzándose á M. de Rosieres, exclamó asiéndole del brazo:

—¿Cómo es que no le habeis visto? ¿Por qué no ha vuelto á casa? .. Todo esto es muy extraño, y estoy segura de que me ocultais algo... Alguna desgracia ha ocurrido. ¡Hablad, por Dios! ¿No veis que me estais matando?

—Vaya—balbuceó,—no os alarmeis, porque no será nada... Se ha quedado en Robert-Espagne porque se sintió un poco enfermo...

—¡Enfermo!... Sofía lanzó al marqués dos miradas coléricas.—Lorenzo está enfermo y no me lo decís antes que todo!... Estamos aquí perdiendo el tiempo, en tanto que él puede tal vez morir en una casa extraña sin los cuidados de su madre!... Quiero marchar inmediatamente!

Sofía estaba transfigurada y sublime en medio de su indignación; aquel arranque de natural ternura la daba una grandeza salvaje y una belleza extrañas,

que llenaron de admiración y de sorpresa á M. de Rosieres. No era aquella la dulce Sofia de modales discretos y reservados, de ojos bajos y de voz tímida; su rostro había adquirido una expresión enérgica, era firme y vehemente su mirada, imperiosa su actitud, severo su acento. La idea de que su hijo podía hallarse en peligro había despertado en ella toda la pasión y todas las osadías que sintiera en otro tiempo cuando adoraba al marqués. Este la había cogido las manos y se esforzaba por tranquilizarla.

—Perdonadme—la dijo—y calmaos. Lorenzo tiene una calentura bastante fuerte, es cierto; pero se halla entre personas que le quieren y tiene á su lado, para atenderle, á la señorita de Fierbois y á esa joven, esa señorita Valentina, con quien debía casarse...

—Pero no me tiene á mí, á mí que debía estar allí la primera—exclamó Sofia con desesperación.—¡Marchemos!

—En la posada inmediata está el coche que me ha traído—contestó humildemente el marqués;—voy á mandar que lo enganchen y dentro de una hora estaremos al lado de Lorenzo. No me guardéis rencor, querida Sofia, porque al obrar como lo he hecho, he creído adoptar la determinación más prudente... La enfermedad de Lorenzo viene precisamente de los obstáculos puestos á su casamiento, y una vez entrado en razón el recaudador, se disipará la fiebre inmediatamente... He aquí la razón que he tenido para

procurar el remedio antes de hablaros de la enfermedad... Perdonadme, y decidme que consentís en todo por amor á vuestro hijo.

Al decir estas palabras la besaba las manos, y faltábale muy poco para caer á sus plantas de rodillas. Las lágrimas de Sofia cayeron de pronto sobre las manos del marqués.

—¡Marchemos!—repitió ella con voz suplicante.—Curémosle ante todo, y despues haré cuanto querais.

El coche estuvo muy pronto dispuesto, y veinte minutos despues rodaba en dirección á Robert-Espagne.

Durante el camino refirió á Sofia M. de Rosieres cuanto sabía con respecto á la enfermedad de Lorenzo.

Cuando llegaron al pueblo, todos estaban aún levantados en casa de Lapasque. Lucrecia condujo inmediatamente á la señorita Husson á la alcoba del enfermo, cuya cabecera no había abandonado la señorita Sebastiana, que muy tiesa en su sillón, movía silenciosamente las agujas de su media y solo las abandonaba para renovar las compresas de agua fria, que se aplicaban á Lorenzo en la frente, ó para hacer tragar á éste algunas gotas de limonada.

A la entrada de la noche se había exasperado la fiebre y reproducíose con mayor intensidad el delirio. A la vista de su hijo, cuya cabeza se volvía y revolvió sin cesar sobre la almohada, cuyos labios mur-

murabar frases confusas y cuyas dilatadas pupilas parecían seguir la huella de una visión extraña por el ámbito de la alcoba, no pudo la pobre Sofia reprimir un sollozo, y se dejó caer de rodillas al pié de la cama. La señorita Sebastiana abandonó la media, se arrodilló al lado de la madre de Lorenzo y la besó en la frente.

—Valor, querida mia, dijo en voz baja.—Hay aquí tantas personas que le quieren, que no es posible deje el Señor de compadecerse de él.

Se convino en que Sofia y la señorita de Fierbois velarían juntas al enfermo. Por su parte el marqués, despues de dar varias vueltas alrededor de la cama, con la torpe y ruidosa solicitud que caracteriza á los hombres en general y á los célibes en particular, conociendo que más servía de estorbo que de utilidad tomó la determinación de irse á acostar á la posada. Durmió muy mal, y al dia siguiente, antes de rayar el alba, estaba ya levantado y volvía á casa de Lapasque.

Lorenzo había pasado una noche fatal y agitadísima. Hacia las ocho de la mañana llegó el médico, examinó al paciente, frunció los labios con un movimiento de cabeza, y dispuso sinapismos para combatir el aplanamiento comatoso que había sucedido al delirio. Retirábase despues de escribir la receta, cuando el marqués le siguió hasta la escalera, y le cerró el paso.

—Decidme, doctor—le preguntó con voz temblorosa—¿está grave?

Los labios del anciano médico se alargaron de nuevo, diseñando un gesto sibilítico.

—Estas afecciones son siempre graves—contestó.—En el caso del doctor Husson, que es vigoroso y sanguíneo, la fiebre ha tomado un caracter cerebral algo alarmante... Nada puedo aventurar antes del octavo día, sin que esto sea decir que la cosa sea desesperada... Un incidente imprevisto, un azar cualquiera, una influencia exterior pueden determinar una crisis favorable ó funesta... Volveré esta tarde.

—¡Uf!—gruñó el marqués,—todos estos galenos hablan en el mismo tono de oráculo...

De todo el discurso del médico, no había sacado en limpio más que una cosa: que podía sobrevenir una crisis favorable, y se preguntaba á sí mismo si no tenía en su mano el resorte para hacer surgir el incidente feliz que debía provocar esa crisis.

No era M. de Rosieres hombre muy fecundo en ideas, pero en cambio, cuando le ocurría alguna, se aferraba tercamente á ella y no la soltaba á tres tiros. El recuerdo de su conferencia de la víspera rodaba sin cesar por su cerebro, y bajo esta influencia salió á la calle, olfateó el viento como un jabalí que va en demanda de su pasto, y despues de interrogar á un campesino que canturreaba á su puerta, se encaminó á la casa del recaudador.

XI

Al estrépito que produjo agitando la campanilla de la verja, alzaronse los visillos de una ventana, y aparecieron un instante tras los cristales dos cabezitas rubias, que espiaban curiosamente á aquel matinal y desconocido visitante.

Salió á abrir la criada, y el marqués fué recibido en el vestíbulo por Valentina en persona.

—Señorita—la dijo M. de Rosieres,—soy un amigo del doctor Husson y quisiera hablar á M. Maurin. ¿Tendríaís la bondad de pasarle mi tarjeta?

Al oír el nombre de Lorenzo Husson, Valentina, que estaba muy pálida, se ruborizó de una manera visible, volvió hacia el marqués sus lípidos ojos castaños, llenos de inquietud, y luego, tranquilizada por el rostro benévolo y franco del visitante, se atrevió á preguntar con voz trémula, cómo se encontraba M. Lorenzo.

—Sigue en el mismo estado... El médico no se atreve á decir nada todavía.

Los ojos de Valentina se humedecieron, un imperceptible estremecimiento agitó sus labios y una lágrima asomó al extremo de sus pestañas.

—¡Sois una buena muchacha!—añadió M. de Ro-

sieres, apoderándose de una de las manos de la señorita Maurin.—Tranquilizaos; Dios mejora sus horas, y espero que mi entrevista con vuestro señor padre dará por resultado acelerar la curación.

Valentina dirigió de nuevo una tímida mirada á aquel hombre extraño que parecía conocerla y conocer su secreto, se puso más colorada que antes, y echó á correr hacia el despacho de su padre.

El recaudador estaba gravemente sentado en su sillón de cuero y tenía delante, colocadas con el mayor orden, sus rigurosas matrices, carpetas rotuladas y legajos; detrás sobre la repisa de la chimenea, y haciendo juego, veíanse dos ardillas disecadas rellenas de paja (ofrenda propiciatoria de algun contribuyente moroso, amenazado de apremio) y un gran tiesto, cuyas soberbias flores de movibles estambres avivaban con sus tonos escarlata el conjunto gris del escritorio. El recaudador, recién afeitado, procedía con la majestuosa parsimonia de un hombre de Estado á abrir su correspondencia. Cuando su hija mayor penetró en el santuario, volvió á medias la cabeza y frunció las cejas á modo de un pontífice á quien se interrumpe en medio de un sacrificio. Después de que Valentina le anunció la visita del desconocido, contestó con fuego que estaba abrumado de trabajo y que no podía recibir á nadie. Tomó, sin embargo, la tarjeta que Valentina le presentaba, la acercó á sus ojos, bastante miopes, y de pronto aflojó-

ronse los músculos de su rostro, al leer en la cartulina: «El marqués de Rosieres.»

Sin dejar de profesar el principio de que cada cual debe mantenerse en su esfera, no le parecía incorrecto á M. Maurin que los habitantes de las esferas superiores saliesen de su nabitaculo para visitar el del recaudador. Su amor propio burgués se esponjó suavemente á la idea de recibir en su casa á un marqués; así que hizo un ademán de condescendencia, colocó aquella aristocrática tarjeta en un sitio preferente de su pupitre, y dijo á Valentina que introdujese al marqués, poniéndose entretanto á separar lentamente las fajas de sus paquetes, á fin de que al entrar el noble visitante; pudiera recrearse ante el espectáculo de un agente del Estado en el pleno ejercicio de sus funciones.

Volvióse á abrir la puerta y se presentó M. de Rosieres, que echó una mirada indiferente sobre todos aquellos papelotes, aspiró haciendo un gesto aquella atmósfera peculiar de las oficinas atestadas de legajos, y clavó la vista sin emoción en el ceremonioso recaudador, que se había levantado para ofrecerle una silla.

—Hacedme la dignación de sentaros, señor marqués—dijo M. Maurin—y dispensadme si os he hecho esperar, pero es precisamente la hora en que recibo el correo—se pasó el pañuelo por la frente,—que por cierto es hoy más voluminoso que de costumbre.

Murmuró M. de Rosieres algunas frases de excusa, tomó asiento y siguió entre los dos personajes un paréntesis de silencio, que el recaudador fué el primero en romper, para enterarse del motivo que le proporcionaba el honor de...

—Vengo, M. Maurin—contestó el marqués—á hablaros de un joven por quien me intereso muy especialmente, y que desea casarse con la señorita Valentina vuestra hija.

El recaudador adoptó una actitud digna, y extendiendo majestuosamente el brazo, dió á entender que era todo oídos.

—A ese joven—continuó M. de Rosieres—ya le conocéis, es M. Lorenzo Husson.

La indulgente sonrisa que principiaba á retozar en los labios de M. Maurin, desapareció en un vuelo, á manera de mariposa asustada; apretóse su boca, alargóse su nariz con severa majestad, y extendiendo la mano, la agitó de una manera teatral, como para dar á entender que no podía seguir oyendo una palabra más sobre el asunto.

—Señor marqués,—dijo con su voz más solemne—perdonadme, pero M. Husson, por más que estimo en mucho sus prendas de caracter, no será jamás el esposo de mi hija.

—¿Y por qué, caballero?—preguntó M. de Rosieres sin pestañear y en la actitud de un hombre que había previsto esta primera resistencia.

—Porque esta unión no es aceptable; el doctor Husson... tal vez no debiera confiaros un secreto que me ha revelado, pero vuestra insistencia me impone el deber de explicaros mi negativa... el doctor Husson, digo, tiene la desgracia de ser hijo natural.

—Lo sé, caballero.

—¡Lo sabiais! — exclamó el recaudador, á quien un impulso de pudor alarmado, puso rojo como un tomate. Cruzó las manos sobre el pecho, y repitió:

—¡Lo sabiais, señor marqués, y no habeis vacilado en proponerme á mí, á un funcionario público, que me prestase á dar semejante ejemplo de anulación de las más respetables consideraciones sociales!

M. de Rosieres, que detestaba los discursos largos, interrumpió bruscamente aquel chorro de elocuente verbosidad.

—Probablemente—dijo—no ignorareis que, á consecuencia de vuestra negativa, Lorenzo ha caído peligrosamente enfermo... Pues bien, una sola palabra lisonjera por vuestra parte podría contribuir á curarle.

M. Maurín cerró los ojos y levantó los hombros, como para defenderse mejor de los argumentos del marqués.

—Yo no soy médico—caballero—dijo suspirando; —deploro lo ocurrido, pero mi resolución es irrevocable. No aceptaré para yerno sino á un hombre de probada respetabilidad.

—¡Alto ahí! monsieur Maurín—exclamó el mar-

qués.—Lorenzo es tan honrado y digno de respeto como el primero... Los hijos no son responsables de las faltas de los padres.

—Sí, ya sé que eso es lo que se suele decir —repuso con voz austera el recaudador—pero yo no profeso esos principios de moral; no quiero tener que avergonzarme de la familia de mi yerno.

—¡Cómo! —¿De dónde habeis sacado que tendríais que avergonzaros de ella?—replicó monsieur de Rosieres, á quien empezaban á calentársele las orejas.—La madre de Lorenzo es la más honrada de las mujeres, y en cuanto á su padre...

—Vais tambien á decirme que es el más respetable de los hombres,—le interrumpió monsieur Maurín replegando sus labios con expresión sarcástica.—No conozco á ese sujeto; mas á juzgar por sus procedimientos, he formado de él la más deplorable opinión, y me guardaré muy bien de exponerme á entrar en relaciones con un hombre de tan poco decoro.

El marqués hizo un gesto de desagrado. Por más que estuviese dispuesto á oír frases amargas, el lenguaje del recaudador ponía su paciencia á dura prueba... Ser cuñado del panadero Husson, podía pasar; pero oírse además amonestar por aquel oscuro recaudador de provincias, era ya demasiado.

—¡Sois hartó severo, señor recaudador!—gruñó mordiéndose el bigote,—el padre de Lorenzo habrá podido cometer faltas, pero el que esté exento de pe-

cado, que le arroje la primera piedra.... Le conozco y os aseguro que es un hombre caballeroso, estimado en la sociedad, con una sólida fortuna y un nombre honrado.

El recaudador movió la cabeza y repuso:

—Ese hombre caballeroso no ha dejado por eso de engendrar un bastardo, á quien no quiere dar su apellido.

—La falta es reparable y el padre puede legitimar á su hijo.

—¡No lo creáis! Si hubiere abrigado la intención de reparar sus faltas no habría esperado hasta hoy para hacerlo. Ese padre será probablemente uno de tantos libertinos ricos y desprovistos de moralidad, que se consideran desquitados de todas sus culpas señalando una pensión pecuniaria á la mujer á quien han perdido... Por desgracia, lo estamos viendo todos los días en nuestras comarcas campesinas... ¿Os parece que tenga visos de formalidad eso de que vaya ahora á salir de su esfera para casarse con una mujer á quien comprometió hace cerca de treinta años? ¿Es eso creíble?

—¡Pues yo sí lo creo!

—Es cosa más fácil de decir que de hacer—murmuró el recaudador con exceptica sonrisa.

—¡Lo digo y lo haré!—exclamó impetuosamente el marqués, levantándose. — Lo haré ¡vive Dios! yo, que soy el padre de Lorenzo.

—¿Vos, señor marqués?.. ¡Ah! ¡perdón!.. Estad seguro de que...

El recaudador, atolondrado, había prescindido de sus actitudes solemnes, y sus brazos caían como péndulos á lo largo de su cuerpo; al mismo tiempo miraba con ademán despavorido á M. de Rosieres, que le parecía haber crecido dos codos.

—Sí, señor,—contestó este último—os empeño mi palabra de caballero de que dentro de quince días se publicarán los edictos de mi casamiento con la señorita Sofía Husson, y que en el acto de efectuarse reconoceré como hijo legítimo al doctor Lorenzo. Ahora bien, ¿persistireis en negar la mano de vuestra hija á este hijo mio que la ama y que es amado por ella?... Espero vuestra respuesta.

Paulatinamente repuesto de su aturdimiento, había tomado el recaudador un aspecto meditabundo. Con la frente baja, habíase llevado una de las manos á los ojos y procuraba coordinar sus ideas, algo embrolladas por el brusco desenlace de tan extraña aventura. Evidentemente, seguía siempre persuadido hasta la saciedad de que las gentes no debían casarse sino *dentro de su propia esfera*... Sin embargo, si M. de Rosieres, el rico propietario de las Islettes, reconocía á su hijo natural, legitimándole por medio de un casamiento y viniendo á ser Lorenzo heredero de la fortuna y del título, Valentina sería marquesa... No por el hecho de ser recaudador se deja de ser hom-

bre, y hay circunstancias en que puede ceder un tanto la rigidez de los principios...

Durante este tiempo estudiaba con inquietud M. de Rosieres los menores movimientos de M. Maurín, y al pensar que la suerte de Lorenzo dependía de un *sí* ó un *no* de aquel obstinado perorador, sentía algun calofrío en la espalda á medida que se prolongaba la meditación del padre de Valentina.

—Señor marqués—dijo éste por último, llevándose la mano al pecho con solemne ademán—no soy de piedra, y puesto que esos chicos se quieren y que vos me prometeis regularizar lo que hay de incorrecto en esta situación, consiento en lo que me pedís.

—¡Gracias á Dios!—exclamó *in petto* el marqués.

El recaudador, abriendo la puerta de su despacho, gritó:—¡Valentina!—y se encontró con que Valentina, por pura casualidad, pasaba precisamente por el vestíbulo.

Entró la joven muy acobardada y mirando alternativamente á su padre, que erguía majestuosamente la cabeza, y al marqués que se sonreía.

—Hija mía—comenzó M. Maurín,—el señor marqués de Rosieres me dispensa el honor de solicitar tu mano para el doctor Lorenzo *su hijo*.—acentuó estas dos palabras con énfasis,—y se la he otorgado... Ahora pide permiso á tu futuro padre político para darle un abrazo.

Antes de terminar esta frase, estaba ya Valentina

en los brazos del marqués, y por su parte, M. de Rosieres, se indemnizaba de las enojosas peroratas de M. Maurín, estampando dos sonoros besos en las frescas mejillas de aquella linda muchacha, destinada á ser su nuera.

—Y ahora—dijo tomando bajo el suyo el brazo de Valentina—voy inmediatamente á llevar la buena nueva á nuestro pobre enfermo y me llevo conmigo á esta señorita.

Era otro atentado contra las buenas prácticas sociales, pero el recaudador acababa de salvar de un solo salto tantos y tan respetables principios, que no acertaba ya á rehusar nada, y Valentina obtuvo autorización para acompañar al marqués.

En la alcoba del enfermo, las ventanas y postigos entreabiertos para renovar el aire, permitían entrar, juntamente con la alegre claridad de la mañana, los no menos alegres rumores de la población. Hasta dejábase oír de cuando en cuando, por encima de los tejados, el canto de una alondra al remontar el vuelo, y aquellas vivas notas, unas veces estallaban á modo de cohetes y otras se atenuaban y desvanecían, cual si el aéreo cantor se hubiese perdido en el espacio azulado.

La enérgica acción de los sinapismos había sacado á Lorenzo del sopor en que se hallaba sumergido á la salida del marqués. Parecía que la plácida sonrisa del sol, el fresco de la mañana y el lejano canto de la

alondra habían derramado cierta lucidez en su espíritu. El rostro menos desencajado, la mirada más límpida, indicaban que, al menos por el momento, había recuperado el uso de su razón; pero al mismo tiempo, la dolorosa expresión de la boca y la amarga tristeza de la mirada, revelaban á Sofía y á Sebastiana que la inteligencia del enfermo se iba aclarando y que empezaba á comprender la gravedad de su estado. Espiaba con vaga inquietud los ademanes de las dos excelentes mujeres sentadas una á cada lado de la cama, cual si pretendiera leer en sus labios y en sus ojos lo que opinaban de su situación y lo que había diagnosticado y pronosticado el médico... Él, que tanto había amado la vida, ¿iba á verse obligado á abandonarla tan pronto?... Alargó á su madre la ardorosa mano que Sofía cubrió de besos, dejó vagar una forzada sonrisa por sus labios, y volvió á caer en su somnolencia.

Poco tiempo después entraron el marqués y Valentina; esta última fué inmediatamente á arrodillarse cerca de la señorita Sebastiana.

—¿Cómo va esto?—preguntó con tembloroso acento M. de Rosieres.

—Tiene menos calentura, pero está más postrado—contestó la señorita de Fierbois.

El marqués se inclinó sobre su hijo, le tomó una mano y le dijo endulzando la voz todo lo posible:

—¡Lorenzo! ¡Lorenzo! ¿Me conoces?

Abrió los ojos el enfermo, miró vagamente á aquel á quien en otro tiempo llamaba su padrino, é hizo una seña con los párpados.

—Vaya—prosiguió M. de Rosieres, que se sentía completamente dominado por la emoción,—despierta, amigo mío; aquí tienes á la señorita Valentina, que viene á darte una buena noticia... una noticia que te curará mejor que todas las drogas de tus colegas... Me oyes bien, ¿no es verdad?... Dentro de quince días Valentina será tu esposa, y yo me casaré con Sofía!

Extremeciéndose Lorenzo, dirigió una mirada de desesperación á Valentina, á su madre y al marqués, y en seguida los pesados párpados volvieron á caer sobre las pupilas... ¡Sería acaso demasiado tarde! ..

No; los médicos son afortunadamente malos jueces en causa propia, y la naturaleza, esa incansable y magnífica generadora de milagros, tiene misterios y sorpresas con que ya cuenta el proto-medicato, por más que no quiera confesarlo en voz alta.

Por espacio de quince días, la vida del enfermo estuvo oscilando á manera de la luz de una lámpara expuesta á un fuerte viento, amenazando extinguirse de un momento á otro y, sin embargo, conservando un resto de llama azulada, siempre temblorosa, pero siempre perenne.

Hacia el fin de la noche del décimo-quinto día, la luz se hizo menos vacilante, se disipó el estupor, el adormecimiento comatoso, dejó lugar á un apacible

sueño, los latidos del pulso tomaron un ritmo más regular y las facciones del paciente recobraron su natural expresión. Lorenzo estaba salvado, y la señorita Sebastiana había tenido mucha razón al decir que, siendo querido por tantas personas, era imposible que la suma de tantas voluntades amantes no sirviera de poderoso contrapeso á la violencia brutal de la fiebre. En la convalecencia volvió Lorenzo á saborear la dulce copa de la vida y saludó al sol, á las flores y á los árboles, con la grata sorpresa del niño que las admira por vez primera.

Cuando todavía vacilante y sostenido por Sofía y Valentina, se aproximó á la ventana del jardín, cuando vió á lo lejos el bosque de rojizos matices, el río centelleante y los verdosos prados, humedecieron sus ojos y abrazó con lágrimas de ternura á las dos mujeres que más quería en el mundo.

Entre tanto, habíanse publicado los adictos ó amonestaciones de Sofía y el marqués. Tan luego como estuvo restablecido el doctor, se celebró el casamiento en Sermaize, y ocho días despues en Robert-Espagne el de Lorenzo y Valentina. La boda fué magnífica y ruidosa, como que asistieron á ella los cinco niños de Lapasque, y por la noche, en la sala de M. Maurín, desenfundó Eustaquio la flauta é hizo bailar á todos los concurrentes, sin exceptuar á la señorita Sebastiana y al grave recaudador.

El marqués y Sofía viven tranquilamente en Bois-

des-Penses, más á pesar de las instancias de su padre, no ha consentido Lorenzo en fijar allí su residencia. El vano M. de Rosieres le ha afirmado, para atraerle á las Islettes, que no encontraría ya allí al matrimonio Briuelles, puesto que Mme. Berta había logrado decidir á Santa María á trasladarse á París. El joven doctor se ha mantenido en su resolución inquebrantable, considerando como una especie de profanación, trasplantar su querida «flor de vid» á una comarca habitada por el importuno recuerdo de Berta Fontenille. Los nuevos esposos se han establecido en Sermaize, donde continúa Lorenzo ejerciendo la medicina. Semejante determinación ha sido para el marqués un verdadero disgusto. ¡Cómo ha de ser! Nunca hay goce completo en este mundo. Dígalo sino el recaudador de Robert-Espagne; habíase ilusionado con la esperanza de que su hija sería marquesa, pero aunque ha abierto la compuerta á su elocuencia de las grandes solemnidades, no ha logrado convencer á su yerno. El joven médico considera su título nobiliario como uno de esos antiguos trajes de gala, incómodos y pasados de moda, que se guardan por curiosidad en un armario, pero que no llegan á usarse jamás. Y lo que hace llegar á su colmo la desesperación de M. Maurín, es que los clientes de Lorenzo, es decir, toda la gente del país, se empeñan hoy todavía en no llamarle más que «el doctor Husson.»

